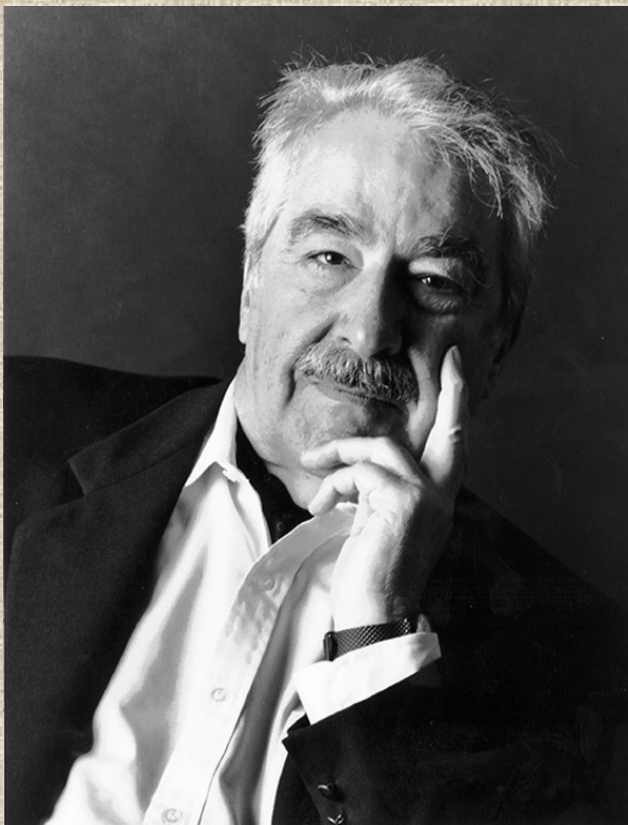


Álvaro Mutis

Investigación de Verónica Rincón, María Camila Sierra, Daniela Díaz y Laura Segura.



Poeta y narrador colombiano, Álvaro Mutis nació en Bogotá en 1923 aunque pasó parte de su infancia en Bélgica y desde la década de 1960 reside en México.

Su padre, Santiago Mutis Dávila siguió la carrera diplomática y en 1925 viajó a Bélgica con su familia, como ministro consejero de la Legación en Bruselas. Mutis llegó a este país de dos años y allí vivió hasta los nueve, cuando su padre murió repentinamente, a los 33 años.

La temprana desaparición de su padre, el primer enfrentamiento de Mutis con la muerte, determinó que su madre, Carolina Jaramillo, decidiera abandonar Europa, permanecer en Colombia y dedicarse al manejo de la hacienda Coello, que acababa de heredar.

Mutis no terminó sus estudios colegiales, iniciados en Bruselas en el colegio jesuita de San Michel, y cuando monseñor José Castro Silva, rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, le llamaba la atención por su bajo rendimiento académico, recordándole que era descendiente directo del hermano del sabio José Celestino Mutis, contestaba que tenía muchas cosas que leer y no podía perder el tiempo estudiando.

A los dieciocho años Mutis contrajo matrimonio con Mireya Durán, con quien tuvo tres hijos, y empezó a trabajar en los oficios más disímiles. Desde entonces se dio cuenta que no iba a vivir de la literatura, pero, al mismo tiempo, fue consciente de su vocación por las letras.

Siendo locutor de la Radiodifusora Nacional de Colombia, compuso su primer poema, del que sólo queda este verso: "Un dios olvidado mira crecer la hierba"; ahí empezó su carrera literaria, en la que había una fuerte influencia de los escritores surrealistas.

Sus primeros escritos

Sus primeros escritos aparecieron en la revista *Vida*, de la Compañía Colombiana de Seguros, donde fue jefe de redacción y colaborador con pequeños retratos sobre Joseph Conrad, Alexander Pushkin, Antoine de Saint-Exupéry y Joachim Murat; también en *Vida* publicó su primer poema: *La creciente*. Otra de estas primeras

composiciones es *El miedo*, publicado en 1948 en la página literaria que dirigía Alberto Zalamea Borda en *La Razón*.

Por esta época Mutis asistía a las sesiones del café El Molino o El Automático, donde se encontraba con dos generaciones de poetas: los Nuevos y los de Piedra y Cielo, aunque no pertenecía a ninguna de ellas. Tampoco perteneció al grupo Mito, aunque tuvo contacto y fue amigo de algunos de sus miembros, y la revista *Mito* publicó en 1959 *Los hospitales de ultramar*, y gracias a esto Octavio Paz conoció y escribió sobre él.

La relación directa con los poetas, escritores e intelectuales de la Bogotá de esos años, fue parte fundamental de su formación cultural. Mutis entró en contacto con Eduardo Zalamea Borda, quien quiso publicar dos de sus poemas en el suplemento dominical de *El Espectador*.

También por entonces hizo amistad con Casimiro Eiger, el primer lector de su obra, y gracias a cual, en coautoría con Carlos Patiño Roselli, se publicó *La balanza* (1948), primer libro de Mutis y Roselli, que se agotó por incineración en el famoso *Bogotazo* del 9 de abril de 1948. Por su parte, Ernesto Volkening fue otro de sus primeros lectores y críticos, conocedor de antemano de todos los poemas de *Los elementos del desastre* (1953), su segundo libro, publicado en la colección Poetas de España y América de la Editorial Losada de Buenos Aires.

Además de llegar a ser gerente de una emisora y actor de radio en la época en que se llevaron a este medio los clásicos de la literatura dramática, Mutis fue director de propaganda de la Compañía Colombiana de Seguros y de Bavaria, y jefe de relaciones públicas de Lansa, una pequeña empresa de aviación que le hacía competencia a Avianca. Estos trabajos convirtieron a Mutis en un viajero constante, que escribía sus versos en las salas de espera de los aeropuertos y en los hoteles.

Experiencia en la cárcel

Después de la quiebra de Lansa, pasó a ser jefe de relaciones públicas de la Esso en 1954. Si con sus anteriores trabajos había tenido oportunidad de viajar por Colombia, con este nuevo empleo pudo hacerlo por el mundo.

Debido al manejo caprichoso de unos dineros que la multinacional asignaba a obras de caridad, Mutis fue demandado por la compañía. Ante esta situación, su hermano Leopold [y algunos amigos] le arreglaron un viaje de emergencia a México [...]

Justo a los tres años de su llegada a México, se hicieron efectivas las demandas en su contra y Mutis fue detenido en la cárcel de Lecumberri, durante 15 meses. Su experiencia en la cárcel cambió del todo su visión del dolor y el sufrimiento humanos y en Lecumberri, Mutis dio forma a los relatos *Saraya*, *El último rostro*, *Antes de que cante el gallo* y *La muerte del estratega* (recopilados en *Cuatro relatos*, 1978); a algunos de los poemas de *Los trabajos perdidos* (1965) y al *Diario de Lecumberri* (1960).

A los pocos años de salir de la cárcel, se casó con Carmen, se convirtió en gerente de ventas para América Latina de la Twentieth Century Fox, y luego de la Columbia Pictures, y continuó durante 23 años con su rutina interminable de viajes, hasta que en el año 1988 cumplió con el tiempo requerido para el retiro y pudo dedicarse a leer y a escribir. Desde entonces, publica un libro cada año.

Una palabra

Cuando de repente en mitad de la vida llega una palabra jamás antes pronunciada,
una densa marea nos recoge en sus brazos y comienza el largo viaje entre la magia recién iniciada,
que se levanta como un grito inmenso hangar abandonado donde el musgo cobija las paredes,
entre el óxido de olvidadas criaturas que habitan un mundo en ruinas,
una palabra basta,
una palabra y se inicia la danza pausada que nos lleva por entre un espeso polvo de ciudades,
hasta los vitrales de una oscura casa de salud, a patios donde florece el hollín y anidan densas sombras,
húmedas sombras, que dan vida a cansadas mujeres.
Ninguna verdad reside en estos rincones y, sin embargo, allí sorprende el mudo pavor
que llena la vida con su aliento de vinagre-rancio vinagre que corre por la mojada despensa de una humilde casa de placer.

Y tampoco es esto todo.

Hay también las conquistas de calurosas regiones donde los insectos vigilan la copulación de los guardianes del sembrado que pierden la voz entre los cañaduzales sin límite surcados por rápidas acequias y opacos reptiles de blanca y rica piel.

¡Oh el desvelo de los vigilantes que golpean sin descanso sonoras latas de petróleo

para espantar los acuciosos insectos que envía la noche como una promesa de vigilia!

Camino del mar pronto se olvidan estas cosas.

Y si una mujer espera con sus blancos y espesos muslos abiertos como las ramas de un florido písamo centenario,
entonces el poema llega a su fin, no tiene ya sentido su monótono treno de fuente turbia y siempre renovada por el cansado cuerpo de viciosos gimnastas.

Sólo una palabra.

Una palabra y se inicia la danza
de una fértil miseria.



Ciudad

Un llanto,
un llanto de mujer
interminable,
sosegado,
casi tranquilo.

En la noche, un llanto de mujer me ha despertado.

Primero un ruido de cerradura,
después unos pies que vacilan
y luego, de pronto, el llanto.

Suspiros intermitentes
como caídas de un agua interior,
densa,
imperiosa,
inagotable,

como esclusa que acumula y libera sus aguas
o como hélice secreta
que detiene y reanuda su trabajo
trasegando el blanco tiempo de la noche.

Toda la ciudad se ha ido llenando de este llanto,
hasta los solares donde se amontonan las basuras,
bajo las cúpulas de los hospitales,
sobre las terrazas del verano,
en las discretas celdas de la prostitución,
en los papeles que se deslizan por solitarias avenidas,
con el tibio vaho de ciertas cocinas militares,
en las medallas que reposan en joyeros de teca,
un llanto de mujer que ha llorado largamente
en el cuarto vecino,
por todos los que cavan su tumba en el sueño,
por los que vigilan la mina del tiempo,
por mí que lo escucho
sin conocer otra cosa
que su frágil rodar por la intemperie
persiguiendo las calladas arenas del alba.



Nocturno

Esta noche ha vuelto la lluvia sobre los cafetales.
Sobre las hojas de plátano,
sobre las altas ramas de los cámbulos,
ha vuelto a llover esta noche un agua persistente y vastísima
que crece las acequias y comienza a henchir los ríos
que gimen con su nocturna carga de lodos vegetales.
La lluvia sobre el cinc de los tejados
canta su presencia y me aleja del sueño
hasta dejarme en un crecer de las aguas sin sosiego,
en la noche fresquísima que chorrea
por entre la bóveda de los cafetos
y escurre por el enfermo tronco de los balsos gigantes.
Ahora, de repente, en mitad de la noche
ha regresado la lluvia sobre los cafetales
y entre el vocerío vegetal de las aguas
me llega la intacta materia de otros días
salvada del ajeno trabajo de los años.

